

# LA NOVELA FILM

N.º 36

30 cts.



LA NOVELA DE UNA «ESTRELLA» DE CINE

## LA NOVELA FILM

Redacción: J. Laura, n.º 56  
Administración: BARCELONA  
Año: 1920. Vol. I. Núm. 1. 30

LA NOVELA DE UNA

# La Novela Film

Sugestiva comedia de  
EDWARD LEWIN  
en la que por primera  
vez la bella protagonista

MARION MACK

han unido su excep-  
cional gracia a la  
de famosos actores  
de la pantalla

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila  
Urgei, 7. - BARCELONA

La Novela Film

# LA NOVELA FILM

Redacción Lauria, n.º 96

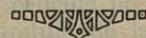
Administración BARCELONA

Año I MARY OF THE MOVIES 1920

N.º 36



## LA NOVELA DE UNA "ESTRELLA" DE CINE



Sugestiva comedia de  
LOUISE LEWIN  
en la que por cortesía  
a la bella protagonista

**MARION - MACK**

han prestado su coo-  
peración gran número  
de famosos artistas  
de la pantalla



# LA NOVELA FILM

Reserva de la Ley N.º 36  
Administración de BARCELONA  
Año I N.º 15 10 DE MARZO DE 1923

Prohibida la  
reproducción

LA NOVELA DE UNA  
ESTRELLA DE CINE

Sucessivas comedias de  
LOUISE FEWIN  
en las que por cortesía  
a los periódicos norteamericanos  
se han destinado 200.  
Reservado el número  
de suscripciones  
de 10 batallas

MARION - MACK

Reservado el número  
de suscripciones  
de 10 batallas



## La Novela de una "Estrella" de Cine

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

California es, sin disputa, la primera Universidad del cinematógrafo a la que acude, plena de ilusiones y sedienta de gloria, la juventud norteamericana, bien ajena de que los triunfos y los desengaños se compran al mismo precio.

El argumento de esta película no es una ficción literaria. Es un capítulo de la vida real arrancado a los Estudios de Films de la industrosa ciudad de Hollywood, donde las sonrisas y las lágrimas se funden en un troquel común.

En la región del Arizona, al extremo del gran desierto americano y en la ruta a Hollywood, alzase el pequeño pueblo de Barston.

Mary, una de las más lindas muchachas del pueblo, siente poderosa inclinación por el arte cinematográfico.

John Mayle, cartero del lugar que sueña—porque vive feliz—con llegar a los cien años, se cree todavía capaz de rendir a la bicicleta que monta. Es un buen amigo de la familia de Mary, pero un terrible enemigo de Matías S. Tate, acaudalado propietario de Barston, que padece una incurable afición de "tacañeritis."

Osvaldo Tate, hijo del avaro, es tan preuntuoso como falto de sentido común.

Mary acepta que Osvaldo la corteje, y am-

bos jóvenes tienen deseos y esperanzas de casarse.

Cierto día, Osvaldo se presenta a Mary muy estirado, y ella apenas le vé le pregunta:

—¿Quién te ha hecho ese terno tan elegante?

—¡El sastre, toma!

—Ya me lo figuré... pero ¿cuál?

—Es de la ciudad. Yo visto a la última moda.

—Eres, Osvaldo, el vivo retrato de Rodolfo Valentino.

—Como que he pensado vestirme diferente para que no me confundan con él.

Mientras los novios—en secreto—conversaban entre sí, frente a ellos, y no lejos, la hermanita de Mary es reprendida por el padre de Osvaldo, porque sus gallinas picotean en sus terrenos.

—¡Vete al infierno con tus gallinas, sinvergonzona! ¡Esta comida es para las mías!

Mary se da cuenta de lo que le sucede a su hermanita, y con Osvaldo alcánzala, así como al tacaño.

—¿No le da a usted grima maltratar a mi hermanita por unos granos de cebada?

—¡Buena pieza estás tú hecha! Ya sé que le tienes echado el anzuelo a mi hijo pero... no te verás en ese espejo.

—No sea usted así, padre...

—Tú, a casa... ¡A casa he dicho!

Osvaldo, brutalmente mandado por su deudo, *obedece...* y Mary se marcha, apenada, con su hermanita, a su hogar.

Por una desgracia de familia, la madre de Mary se ve obligada, unos días después, a visitar al rico propietario.

—Perdone, señor Tate, la libertad que me tomo de pedirle a usted un favor.

—Puede usted pedirme lo que quiera; incluso la luna. ¡No he de darle nada!

—Es que mi hijo va a quedarse paralítico, si usted no me presta el dinero para hacerle una operación.

—No puedo hacer nada... Lo que tengo es mío y lo necesito para mí.

La afligida madre, defraudada en sus alienitos, se dispone a regresar a su casa, pero Osvaldo llega en este momento a donde están su padre y la madre de su novia, y le dice a aquélla:

—Deje usted este asunto de mi cuenta. Verá cómo yo convenzo a mi padre. Váyase tranquila.

La madre de Mary sale del gabinete—despacho del tacaño, sin confianza en conseguir nada de él ni con el apoyo de Osvaldo, y este dice a su pariente:

—No me riñas, papá, si me atrevo a intervenir en favor de esta buena mujer.

—Y a ti ¿quién te ha autorizado a meterte en lo que no te importa?

—Considera, papá, que algún día serás el suegro de Mary. Yo quisiera que ahora socríeras a su madre.

—Conque yo el suegro de Mary ¿eh? ¡Tú estás más loco que una cabra!... Mira, hijo, si no quieres que yo me enfade, deja a esa muchacha... no pierdas el tiempo haciéndole el amor... Si la abandonas te compraré aquel auto de lance que tanto te gusta.

—¿Cómo voy a renunciar a Mary, si la quiero con toda mi alma?

—¡Bah! El querer es una cosa muy elástica.

—No, no! ¡Yo no puedo hacer traición a mis juramentos de amor!...

—¡Eres un necio!

—... Pero digo que si el Ford y Mary son incompatibles y he de optar por uno de los dos... me quedo con el Ford.

—¡Así me gusta que sean los hijos!

Una agravación en la enfermedad del hermano de Mary impone la necesidad de adoptar una resolución definitiva.

Mary expone a su madre una idea que anida en su espíritu desde ha tiempo.

—Si yo me fuera a Hollywood y pudiese trabajar en una Compañía de Cine, estoy segura de que muy pronto les mandaría dinero para operar a Jack.

La madre se resiste. Jack, enterado del propósito de su hermana, lo apoya.

—Mary es una muchacha de talento, mamá. Déjala que vaya a probar fortuna.

—Sí, mamá; déjame hacer un ensayo...

—Es que tú, hija mía, no te has separado nunca de mi lado, y me da pena entregarte a los peligros del mundo.

Pero la insistencia del enfermo y de Mary, si que también de la hermanita, convencen a la madre.

Desde que Osvaldo ha recibido de manos de su padre el Ford, se da más importancia que un *footballista* de moda.

Mary, al verle, se acerca a él y sube a su coche sin sospechar lo que el fatuo ha de decirle, y que es lo siguiente:

—Perdona, Mary, si cometí la ligereza de hacerte abrigar esperanzas, pero... ya ves que yo uso auto... ¡Nos separa un abismo!

Mary, herida por el chasco que le ha dado Osvaldo, se aleja de su lado, soltándole en las narices y en las del padre del orgulloso, que se

había acercado al auto para regañar a su hijo porque consentía que ella le hablase aún, estas palabras:

—¡Adiós, Rotchchild!... Voy a marcharme a Hollywood, y cuando vuelva convertida en una estrella del cine, invertiremos los papeles.

Aquella misma semana emprende Mary su arriesgada peregrinación por el espinoso sendero de la vida.



*Mary expone a su madre una idea que anida en su espíritu desde ha tiempo.*

Llegada a Los Angeles, la ciudad de sus ensueños, Mary pregunta dónde se encuentran los autos que salen para Hollywood, y alguien se lo indica, pero ella sufre un error, pues se instala en un auto particular, propiedad de Bryant Washburn, quien se extraña, pero comprende.

—¿Es usted el *chauffeur* de este auto?  
—Sí, señorita. ¿Dónde desea usted ir?  
—A Hollywood, claro! ¿Es que este coche no va allí directamente?

—Ya lo creo: directa y rápidamente.  
—¡Qué bonitos son estos paisajes!  
—Disminuiré la marcha, para que pueda usted contemplarlos mejor. ¿Por qué me mira usted de ese modo?

—Se parece usted extraordinariamente a Bryant Washburn... ¿Por qué no se dedica al cine?

—Es un trabajo demasiado ingrato. No hubiera podido nunca acostumbrarme a él.

—Pues yo voy a Hollywood con pretensiones de ser una estrella del Film.

—Yo sólo deseo que la suerte le acompañe... y que sea usted una buena cliente mía.

Bryant Washburn saluda a una dama que va en auto propio en la misma dirección que él y Mary.

—¿No es aquella muchacha Anita Stewart?— pregunta Mary.

—Sí, señorita... La conozco mucho, porque es una de las que más utilizan mi coche.

—Debe usted ganarse holgadamente la vida con todos los artistas.

—No puedo quejarme. Dan muchas propinas. ¡Ah! Ya llegamos.

—Tenga la bondad de parar en el Hotel donde suelen hospedarse las estrellas del arte mudo.

—Aquí es. Ahí vienen unos parroquianos míos. Se los voy a presentar... Esta es Louise Fazenda y éste David Butler. También le presento a Alec B. Francis y Richard Travers, a quienes llevo a su casa muy frecuentemente.

—Tanto gusto...

Los cuatro populares artistas han visto como Bryant Washburn les ha guiñado el ojo, y no le descubren. Luego se ríen a solas, de la ingenuidad de la muchacha.

Mary entra en el hotel y, preguntando, sabe que el hospedaje vale doce dólares.

Sin reparar en el precio, Mary se inscribe en el registro, contemplando a J. Warren Kerigan, que está en el *hotel* vestido de mejicano.

Después de inscribirse oye decir al joven del *bureau* a otra viajera que el hospedaje son doce dólares diarios.

—¡Ah, ese precio es por día! — exclama Mary. — Yo creí que era por meses! ¡Huyamos, o si no mi nuevo domicilio sería la cárcel!

Entre el asombro de los clientes del hotel, Mary recoge sus maletas y echa a correr hacia la salida. Un empleado la detiene y le dirige ciertos vocablos de mal gusto. Mary le obsequia con unas miradas despectivas y se aleja del establecimiento ruinoso con mucha tristeza en el corazón.

\* \* \*

Mary se halla sentada en un banco próximo al hotel de los doce dólares diarios, y reflexiona.

—¿Qué debe hacer? ¿Adónde encaminar sus pasos?

De pronto se sienta a su lado una joven, Jane de nombre, una de las "estrellas" que pululan en el firmamento cinematográfico condenadas a no brillar nunca.

—Tengo los pies molidos. Aquí pasa una la vida mendigando trabajo, de estudio en estudio, y el andar es oficio de perros—le dice la desconocida a Mary.

—¿Es usted también actriz cinematográfica?

—Yo creo que sí; pero no puedo hacérselo comprender a los directores de las empresas.

—¡Qué lástima!... Yo tal vez tenga más suerte...

—Usted también, llevada por sus ilusiones, ha venido a Hollywood a probar fortuna?

—Con muchas esperanzas...

—Los hoteles de aquí son muy caros. ¿Ha



*Un empleado la detiene y le dirige ciertos vocablos de mal gusto.*

traído usted a lo menos bastante dinero?

—No llega a veintiocho dólares mi capital.

—¡Nada más que eso! ¡Si no es nada, hijita! Véngase usted a mi casa, y estará conmigo hasta que encuentre colocación.

—¿Vive usted sola?

—Sí; en un cuarto amueblado, en el que hay cocina y todo... Es aquí... en el último piso...

—El cuartito es lindo... Me gusta...

—En él he llorado yo mucho ante mis desengaños más constantes que la comida...

—Yo confío en que Dios me dará suerte para poder enviarle a mi madre mucho dinero con que atender a la enfermedad de mi hermano.

—Celebro que sea usted tan optimista, pero el tiempo le demostrará que aquí no todo son rosas. ¡Cuántos días me he quedado yo en ayunas!

—¿No tiene usted ocupación fija?

—Jamás, aquí, la he tenido. Los días que trabajo, que son los menos, gano siete dólares y medio. ¿Qué hacer con esa insignificante cantidad en un país como este?

—Me entristece que no sea usted feliz. ¡Parece usted tan buena!

—Lo que yo deseo es que usted lo sea.

Creighton Hale, vecino de Jane, otro de los desengaños por la veleidosa Fortuna, entreabre la puerta del cuarto de aquélla, previos unos golpes con los nudillos.

—Buenos días, Creighton.

—Buenos días... señoritas... Al ir a entrar a mi casa me ha dado en la nariz un agradable olorcillo a guisado. ¡Por lo visto, Jane, usted va a comer hoy!

—Pase usted y comerá con nosotras. Nos partiremos las provisiones.

—Tome usted estos bocados que traje.

—Espere... Le presento a una futura Mary Pickford. Como ella se llama esta señorita Mary.

—Tanto gusto, señorita...

—Es un cariñoso compañero de infortunio, Mary... El señor Creighton...

—Tanto gusto, caballero.

—Ayúdeme a poner la mesa, Mary, y a comer...

Durante la comida.

Creighton contempla más de la cuenta a Mary. Esta corresponde con agrado a la atención que él le presta. Jane hace como si no lo viera.

—Le encuentro a usted, Mary, un asombroso parecido a Norma Winters.

—Es casual... Yo le vi a usted en la película "Las dos tormentas" con Lillian Gish. Por cierto que está usted admirable.

—¿De veras? Yo que creí que lo hice tan mal...

—¡Ojo, señores, que no estamos tan sobradados para convidar a la mesa! —interviene Jane viendo como Creighton vierte la leche de una botella encima del mantel en vez de llenar su taza.

Una poderosa corriente de recíproca simpatía establece pronto entre Creighton y Mary los cimientos de una confianza mutua y de una franca amistad.

Juntos se pasean por los alrededores de Hollywood. Creighton quiere que Mary conozca todas las maravillas que contiene esa ciudad.

—Aquella es la casa del matrimonio Pickford-Fairbanks.

—¡Oh, qué preciosidad!

—En aquella vive Sessie Hayakawa.

—¡Qué buen gusto tiene el simpático japonés!

—Mire usted allá la de Rodolfo Valentino.

—Escondidita... ¡Qué poético es Rodolfo!

—Aquella otra es la de J. Warren Kerrigan. Y esa es la de Charles Ray.

—Basta... basta... La cabeza me da vueltas...

Les tengo envidia a todos. ¡Si yo pudiera ofrecerle a mi madre una de estas "villas"!

—Vamos, ahora, a ver cómo impresionan las películas. Verá trabajar a conocidos artistas bajo las órdenes del competente director de escena Maurice Tourneur.

—¿Esto es lo que llaman un "studio"?

—Sí... Es un escenario como otro cualquiera... Hay en él caras que usted recuerda,



—¿De veras? Yo que creí que lo hice tan mal...

—verdad?

—Muchas, sí... ¿Y aquellas dos señoras, quiénes son?

—Rosemary Theby y Estelle Tailor, recibiendo instrucciones del director Le Saint.

—¿Qué elegantes!

—Le queda aún mucho por ver.

Pocos días después Mary se cree suficiente-

mente capacitada para empezar a actuar y sale en busca de trabajo, más esperanzada que nunca.

Como sabe el nombre de la mayoría de los artistas piensa dirigirse a cualquiera de ellos.

—Perdone, señor O'Hara. Vengo a ofrecerle a usted mis servicios como artista cinematográfica.

—Lo siento, señorita: no tengo ninguna plaza vacante. Vea usted si la necesitan Jonnie Walker y Bárbara La Marr que están allí, en ese auto, con sus hijitos.

Mary va recta hacia el gran artista, pero éste le responde:

—Con mucho gusto la admitiría a usted, pero tengo ya el personal completo. ¿Por qué no va a la "Agencia Artística de Colocaciones"?

Mary así lo hace, un tanto desalentada, mientras Bárbara La Marr compadece intimamente a las ilusas mariposas cuyas alas se rompen al contacto de la realidad.

En la "Agencia Artística de Colocaciones".

Los bancos están atestados de gente que espera.

Mary se acerca resueltamente a la ventanilla del agente, pero éste la cierra en sus narices con cierta violencia.

No convencida de que no se la quiere atender, Mary penetra en el despacho del agente, con gran asombro de los que esperan, pero sale al momento gracias a una energica caricia del *alquilador de almas*.

Algunos más se llevan chasco. Un gran shakespeareño se indigna porque lo echan de la agencia con frasescitas poco agradables.

Mary se sienta, para esperar a que le toque el turno, y un guasón le susurra:

—¿No ha oido usted nunca hablar de Craig Biddle? Ese soy yo. Ya llevo recorridos, inútilmente, todos los estudios de Hollywood.

—A ese paso llegará usted a ser célebre.

Al día siguiente—pues nada ha conseguido la víspera—pone Mary en ejecución una idea ingeniosa, para darse a conocer a las primeras figuras de la pantalla.

En una fiesta de caridad se hallan reunidos numerosos artistas. La ocasión no puede ser más oportuna.

—Tendrá usted la bondad, señor Tom Moore, de honrar mi álbum con su firma?

—Con sumo gusto, señorita. ¿Quiere usted que firme también Elliot Dexter?

—Si no tiene, el señor, inconveniente...

—Tome usted...

—Muchas gracias.

—Si fuera usted tan amable, señor Gaston Glass, que me concediese el honor de firmar este álbum...

—Muy complacido, señorita...

Los nombres de John Bowers y Marguerite de la Motte no podían faltar en el álbum de Mary.

Una de las cosas que más llaman la atención de Mary es lo bien educados que Ann May y Clara Horton tienen a sus perros favoritos.

Después de recoger muchas firmas más, Mary regresa a la casa de Jane, con nuevas esperanzas.

A la mañana siguiente vuelve a sus tareas el despotico funcionario de la Agencia Artística de Colocaciones.

Mary espera a la cola de uno de los bancos.

—Hacen falta dos muchachas, bien parecidas, para el servicio de baños—dice el agente.

—¿Sirvo yo para una de esas plazas?—pregunta una señora de, poco más o menos, cien kilos.

—A usted le avisaré cuando necesite un depósito de agua.

—¡Insolente!

—Buen viaje.

—¿Hay por ahí algún acróbatas?

—Dos somos los aspirantes.



—Si fuera usted tan amable, señor Gaston Glass, que me concediese el honor de firmar este álbum...

—A ver, hagan una demostración de sus facultades... Nada, nada...

—(¡Caramba! ¿Qué entenderá ese tío por acróbatas?)

—Nada, nada... No hay que perder el tiempo

hablando... Pasen a mi despacho y firmaremos el contrato de los dos.

—(¡Bravo! Esto es ser práctico.).

—Oiga...—dice el funcionario artístico.

—¿Es a mí?—pregunta una solterona aspirante.

—Quite, mujer...

—A mí, pues?—inquiere otra gallina vieja.

—Que *nopi*, señora, que *nopi*... Es a la otra...

—A mí?—dice Mary.

—Sí, a usted... Venga a hablarme.

—¿Qué desea usted?

—Usted merece, por su belleza, un gran papel, y tengo interés en que quede contenta de mí.

—¡Qué amable es usted! ¿Qué papel me va a dar?

—Mañana necesitaré quinientas personas para “hacer” de público en una película. Una de ellas será usted.

—(¡Qué gracioso!)

\* \* \*

Al día siguiente se impresiona, en efecto, la anunciada película, bajo la acertada dirección de Rex Ingram.

A una distancia kilométrica de la máquina está Mary, envuelta en la atmósfera de gente, representando “su gran papel”.

Por algo se empieza.

Sólo las noticias de Mary transforman en alegría la tristeza que reina en su casa desde el día de su partida.

—¿No hay carta, Mayle?

—No... Hoy no...

Pero el cartero miente siempre para que la

alegría de recibir una carta de Mary sea mayor para su familia.

La última dice:

"Querida mamá:

"Hoy he debutado en una película sensacional, con uno de los papeles más importantes: el papel de "atmósfera". Bonito nombre ¿eh? El director no ha tenido que corregirme en nada. ¡Qué lástima que no hayáis podido verme!"

"Os envío cinco dólares. El próximo giro será mayor.

"Os abraza tu hija,

"Mary."

James Seiler, un tipo ruín y canallesco, para quien la dignidad de las mujeres fracasadas, como artistas, no tiene ningún valor, vé a Mary, que regresa de pedir trabajo y la invita a subir a su coche.

—Puesto que llevamos los dos el mismo camino, me permito ofrecer a usted, señorita, un asiento en mi coche.

—Muchas gracias; pero no tenía que molestarse..

—Aquí todos hemos de ser amigos. Supongo que usted se dedicará al cine, ¿no?

—Nunca creí que hubiera tantas dificultades para ser artista cinematográfica.

—No es tan difícil como usted cree. Yo podría facilitarle a usted el camino para hacer una buena carrera artística.

—¿Usted?... ¿De veras?...

—D. W. Griffith y yo somos muy buenos amigos. La recomendaré a él, y estoy seguro de que mañana mismo le da a usted uno de los primeros papeles en alguna película.

—¿Usted cree?... ¡Oh, cuánto se lo agradecería a usted!

—Ahora mismo voy a telefonarle.

El auto se detiene ante una cabina telefónica pública, Seiler y Mary se apean, y él hace ver que telefona a Griffith.

—¿Está ya en su casa el señor Griffith? —Sí?... Dígale usted que se ponga al aparato... ¡Hola, amigo Griffith! Escucha. Tengo vivísimo interés por una linda señorita, y te agradecería que le dieras una oportunidad para que triunfe en la pantalla... Sí, tiene muy buen tipo... Es bella... muy bella... ¿Qué?... Bueno, conforme. Mañana a las ocho iremos los dos. Esperámos ¿eh?

—¿Nos esperará mañana? ¿Y es probable que me contrate?

—Ya lo ha oído usted. ¿Quiere usted indicarme su domicilio?

—Va usted a molestarte demasiado por mí.

—Será una gran satisfacción poderle ser útil, señorita... Esté usted preparada mañana a las ocho, y la llevaré en mi coche a la casa de Griffith.

—¡Qué contenta estoy! Hasta mañana...

—Adiós, señorita!

Con un rayo de consoladora esperanza cierra Mary el capítulo de contrariedades sufridas durante la peregrinación de todo el día.

Jane, enterada de todo, le contesta:

—No crea usted que me satisface esa noticia, querida Mary. Yo, en su lugar, renunciaría a esa protección.

—¿Por qué no he de aprovechar la primera ocasión que se me presenta de hacer fortuna? Tal vez sea la envidia la que le inspira a usted su consejo.

Jane se entristece y llora y no cesa de poner sobre aviso a Mary, que es más joven y sabe menos que ella.

A fuerza de reflexiones consigue la experiencia de Jane iluminar la inocencia de Mary.

—Comprendo, amiga mía, que tiene usted razón. No debo fiarme de un hombre a quien no conozco.

—Así me gusta, amiga mía, que no vea en mis consejos más que el buen deseo de que no le suceda a usted nada malo.

Al día siguiente, Jane, recordando que Seiler ha de recoger a Mary, le dice a ésta:

—Voy a avisar a Creighton para que esté con nosotras cuando ese supuesto amigo venga a buscarla a usted.

Durante la ausencia de Jane, que pone al corriente a Creighton de la aventura de Mary, Seiler llama a la puerta del cuarto de aquélla y en el que sólo se halla la muchacha que él intenta engañar.

Al verle, Mary le dice:

—Perdone, señor Seiler, sería una ligereza el irme con usted y...

—Está muy bien. Otra se aprovechará de la suerte que usted desprecia.

—No, no... Espere... Voy con usted...

Seiler parte, con Mary, a toda velocidad hacia la casa de Griffith, y se detiene frente a la misma y a cierta distancia.

—Creo que nos hemos adelantado un poco. Voy a ver si él está ya en casa.

Seiler se apea del coche y va a preguntarle a una de las criadas de Griffith si en efecto aquella es la carretera de Pasadena. Mary cae en la trampa, pues cree que la pregunta ha sido otra.

Seiler regresa al auto.

—Dice la criada de mi amigo que él está para llegar. Podemos esperarle aquí.

Mary no sospecha la verdad hasta que las manos de Seiler empiezan a molestarla.

—Qué boquita más mona tiene usted... ¡Se enfadaría si me atreviese a darle un beso?

—¡Guárdese usted mucho!

Pero Seiler, que no quiere desperdiciar la ocasión, besa a la fuerza a Mary, pensando rendirla.

—¡Usted es un perfecto miserable! Apostaría a que ni siquiera ha hablado con el señor Griffith.

Y, pif, paf, suenan dos soberanas bofetadas.

Luego Mary le quita el sombrero de paja y lo pisotea con furor, no valiendo las protestas de Seiler, que ha visto las estrellas.

Mientras Mary huye hacia la casa de Jane, ésta y Creighton, que, adivinando lo ocurrido, han seguido las huellas del auto de Seiler, llegan frente a la casa de Griffith. Creighton se dirige a Seiler, de quien sospecha, y le dice:

—¿Qué le pasa a usted, buen hombre? Parece que está muy soliviantado.

—¿Cómo quiere usted que esté, si acaba de burlarse de mí una mequetrefe orgullosa y tonta?

—Se vé que usted tiene poca suerte con las mujeres. Yo me he hecho amigo de una muchacha monísima que se llama Mary, muy parecida a Norma Winters.

—¡Toma! ¡Si es la misma que me ha soltado a mí las bofetadas!

—Eso es lo que quería yo saber. ¡A las suyas he de añadir yo este puñetazo, sinvergüenza!

Seiler huye como alma en pena. De haberle hecho frente a Creighton no queda de él más que huesos esparcidos por el suelo.

Mary huye de la casa de Jane, con sus maletas, para no volver más.

Al llegar Jane y Creighton, sólo encuentran esta carta:

*"Perdone, Jane, si las palabras de un miserable me hicieron desatender sus buenos consejos. Nada me ha ocurrido; pero no tengo valor para presentarme ante usted ni ante Creigh-*



*Luego Mary le quita el sombrero de paja y lo pisotea...*

*ton. Cuenten los dos con el sincero aprecio y gratitud de*

*"Mary."*

Jane cae de bruces sobre una silla y llora. Creighton tiene el corazón oprimido por una angustia atroz.

Días amargos de lucha y privaciones; horas

mortales de angustia ante la visión del desamparo de los suyos, son la consecuencia de la impremeditada resolución de Mary... pero ella sigue firme en su propósito de vencer.

Una mañana, al ir a entrar a un estudio, el portero se opone, y Mary pide protección a Douglas Mac Lean, que sale en auto de aquél.

Gracias a que el simpático Mac Lean distrae con preguntas al conserje, Mary se cuela en el estudio, pero un empleado la echa porque ella le ha dicho que trabaja con Pauline Frederick y esta artista hace dos años que se ha despedido de allí.

Norma Winters, una de las estrellas que más altas se cotizan entre las empresas de films, está en el despacho de la dirección de la Compañía, con el notable actor Stuart Holmes, que ha de trabajar con ella en una película que se desarrolla en el desierto.

Uno de los directores ve a Mary en el patio del estudio, y no puede menos de reconocer, delante de todos, que se parece extraordinariamente a Norma Winters. Esta misma artista está de acuerdo en ello.

Herbert Rayvlinson también contempla a Mary creyendo ver en ella a la propia Norma Winters.

Los directores del estudio, apenas se quedan solos hacen llamar a Mary, y después de examinarla le dicen:

—Ya sabe usted que queda anotada en nuestro registro preferente.

\* \* \*

Creighton, enamorado sinceramente de Mary, la ha buscado en todos los rincones de Holly-

wood, sin dar con ella. Jane comparte su aflicción.

Mary, no encontrando empleo en otro sitio, se ha visto obligada, mientras espera una ocasión, a colocarse como camarera en el popular restaurant "El Film", cuyo servicio se nutre de artistas fracasadas a las que la fortuna ha vuelto la espalda.

Cierto día, cumplida ya su obligación, Mary escribe a su madre:

"Querida mamá:

"Tengo ya trabajo estable que me permitirá enviarte dinero con regularidad. Estoy muy satisfecha, porque todas las estrellas me distinguen con su amistad. Hoy mismo me han acompañado en la mesa del restaurant "El film", Marjorie Daw y Bessie Love.

"También han comido con nosotras, Carmel Myers y Zazu Pitts.

Un abrazo a todos de tu hija, "Mary."

Así, con un fin altamente generoso y plausible, procura Mary ocultar a su familia en todas sus cartas la crítica situación que ella atraviesa.

Y, naturalmente, sus noticias llena de alegría el corazón de los suyos.

El cartero Mayle quiere enseñar esa carta "a ciertos pollos presumidos que miran a Mary por encima del hombro", y la familia de ésta se lo permite, ¡cómo no!, para que todos sepan quién es ya Mary.

En tanto, en Hollywood, una cuantiosa herencia inesperada ha cambiado radicalmente el estado económico de Creighton Hale.

Jane lo felicita, pero él le responde:

—Sí, Jane, estoy muy contento; pero lo estaría más si encontrase a Mary, para ofrecerle mi herencia y mi nombre.

En Barston, el cartero se proporciona el gusto de disgustar a Osvaldo, el hijo del hombre más estúpido del pueblo, y para quien reza el proverbio "De tal palo, tal astilla".

—De modo que Mary, por ser pobre, no era digna de usted, ¿eh? Pues ponga atención a esta carta:

Y le lee el escrito que habla de la supuesta comida con las artistas.



...Hoy mismo me han acompañado en la mesa del restaurant "El Film", Marjorie Daw y Bessie Love.

Osvaldo, neciamente, replica delante de todos los que han escuchado la lectura de la carta de Mary:

—Yo me voy a Hollywood, en busca de "esa artista." Estoy seguro de que ella tendrá mucho

gusto en verme y en reanudar sus relaciones conmigo.

Y lo hace, a disgusto del cartero, que sufre al pensar que Mary pueda casarse con Osvaldo.

En Hollywood, Norma Winters se ha puesto enferma, y los directores del estudio están desesperados, pues cada día de paralización del trabajo les costará 5.000 dólares.

Ya han pensado en Mary, qué se le parece tanto, pero no han encontrado su dirección. No les faltan dólares a los dos, pero sí, y bastante, el orden en sus "registros".

Al llegar Osvaldo a Hollywood, se dirige al restaurant "El Film", pero Mary lo vé a tiempo de salir del establecimiento, y como comprende el motivo de su viaje, o sea, la curiosidad que tiene de verla gran artista, se acoge a la simpatía que le dispensa Miss Dupont, que se apea en este instante de su coche.

—Me encuentro en un serio compromiso. Todo el mundo, en mi pueblo, cree que yo soy una estrella de la pantalla, y ahora va a descubrir que no es verdad un joven que está ahí, en el restaurant.

—No se apure usted. Esto tiene un arreglo muy sencillo. Póngase mi abrigo de pieles y espere. Es ese tipo, ¿verdad? Iré a llamarle. Ya verá.

Osvaldo se ruboriza ante la belleza de Miss Dupont, que le ruega que salga a la calle, y ya en ella le dice, señalándole a Mary:

—Mi amiga, la estrella Mary, desea verle a usted.

Osvaldo, asombrado, se adelanta a su ex novia.

—¿A qué has venido?—le pregunta ella.—. ¿Te has cansado ya del Ford?

—Nó me recuerdes aquello, Mary. Para mí tienes tú más valor que todos los "Fords" habidos y por haber.

—Sí, ¿verdad? Me alegro de verte bueno. Y perdona que te deje... Me esperan en el estudio donde estoy haciendo unas escenas muy interesantes, con Rodolfo Valentino.

—¿No nos podremos ver en otra parte, Mary?

—Imposible... Tengo muchos compromisos.



—*Impossible. Tengo muchos compromisos. ¡Adiós!*

¡Adiós!

Osvaldo, chasqueado, se aleja sin rumbo fijo. Está furioso por la lección que le acaba de dar Mary.

Por su parte, no obstante su cambio de posición y el confort y comodidades del club,

Creighton no separa su pensamiento de su querida Mary.

Al día siguiente, Osvaldo, decidido a regresar a Barston, pues no ha conseguido ver a Mary en ningún estudio y comprende que ella no le quiere por lo que él le hizo en otro tiempo, va a comer al restaurant "El Film", y la fatalidad hace que esta vez Mary no le vea a tiempo de ocultarse de él.



*El susto de Mary ha sido inmenso.*

El susto de Mary ha sido inmenso. La bandeja, llena de platos, se ha venido al suelo. No sabe qué hacer ni mucho menos qué decir.

Osvaldo, vengativo, se ríe.

—¡Muy bien, Mary! —Y tú eres la estrella? —Tú eres una atropellaplatos vulgar! Supongo que no te atreverás a volver a Barston, después que yo cuente allí lo que acabo de ver.

Encima del disgusto con Osvaldo, Mary recibe el del despido por el dueño del restaurant, pero como ella no merece tanto infortunio, la providencia la pone frente a los dos directores que sufren serios perjuicios a causa de la enfermedad de Norma Winters, y así es como Mary es contratada, en serio y con un buen sueldo.

A Osvaldo, de regreso en Barston, le falta tiempo para divulgar la escena del restaurant "El Film", corregida y aumentada, cambiando el restaurant por un indecoroso *music-hall*, y el empleo de camarera por el de bailarina ligerísima de ropas que iba de manos en manos, como una pelota.

El cartero no cree que Mary haya llegado a ese extremo, pero a pesar de ello se siente muy triste. Lo esencial es—y él lo procurará—que no se entere la familia.

Por requerirlo así algunas escenas de la película, la compañía en la que actúa Mary se ha trasladado a la región del Arizona, a pocos kilómetros de Barston.

Mary "trabaja" con Málcom Mac Gregor. El "metteur en scène" está muy satisfecho de ella.

En el desierto es donde Mary debe reunir todas sus cualidades artísticas, pues la escena que ha de filmarse es la más interesante de la obra.

—¿Están todos listos?... ¡Ea, que va a funcionar la máquina! —grita el director de escena dentro del portavoz.

Los artistas representan la farsa.

—¡Ahora entra usted en escena, Mary!

Ella lo hace.

—¡La venta de la esclava! —ordena el director.

Frank Clendon, un ladrón árabe, *vende* a Mary a Mac Gregor, rey del desierto.

—¡Clávele ya el puñal, Mary!—dicta el director.

Así lo hace la artista, y termina la difícil escena, excelentemente interpretada.

\* \* \*



*Por requerirlo así algunas escenas de la película, la compañía se ha trasladado a la región del Arizona...*

Durante un descanso, Mary recibe una inesperada alegría encontrando, entre las comparsas, a su amiga y protectora Jane, quien se emociona al verla transformada en "estrella".

—¿Qué me dice usted de Creighton?

—Está en Hollywood... Ya no vive frente a

mi pisito. Es muy rico... pero no la ha olvidado a usted un momento.

—¿El señor Creighton Hale?—interviene uno de los directores del estudio que ha contratado a Mary—. Es un gran amigo mío, socio de mi club. Le telefonaré que está usted aquí.

—Oh, sí, sí, que venga!

Mientras tanto, en Barston, un huésped misterioso visita al tacaño Matías S. Tate.



—¡Clávele ya el puñal, Mary!—dicta el director.

—Me extraña que ignore usted que en este pueblo existe un rico yacimiento de petróleo. Yo se lo enseño al que me dé mil dólares.

—Yo se los daré, si la noticia no es falsa.

—Venga conmigo... Aquí, bajo nuestros pies, está el petróleo. ¿Vé usted estas hendiduras glutinosas? No se pueden pedir más razones para

tener la seguridad de que aquí hay una fortuna.

El tacaño propietario abre desmesuradamente los ojos y una idea cruza su mente. El yacimiento se halla en el terreno de la familia de Mary. Para incautarse de aquél, lo mejor es comprar la propiedad. Con tal objeto entra a ver a la madre de la muchacha.

—Comprendo, señora, que su situación es muy angustiosa. Puesto que trata usted de vender su finca, yo se la compro por mil dólares.

—Llega usted tarde, señor Tate. He anunciado ya la venta en pública subasta.

El avaro se retira confuso, pero con la esperanza de ser él el adquirente del terreno petrolífero.

En el "campo" cinematográfico se arma un gran revuelo a consecuencia de la proximidad de una terrible tormenta, cuyos primeros avisos arrancan de quicio la tienda de campaña que ha de aparecer en la pantalla, pues en ella se desarrollan serias escenas de la película.

Es tal el furor de los elementos atmosféricos, que el director aconseja a Mary monte inmediatamente uno de los caballos de que dispone la compañía, y se aleje al galope hacia Barston. El resto de la compañía se pondrá en salvo por los medios que pueda.

Mary se aleja como sombra fugaz hacia su pueblo, pero en camino se cae del caballo, y la arena del desierto, arrastrada por el huracán amenaza cubrirla en su desmayo.

Afortunadamente, Creighton, que ha acudido al aviso de su amigo en busca de Mary, se entera de que ha salido hacia Barston y tiene la suerte de encontrarla en grave peligro, salvándola, y llegan los dos al pueblo a tiempo de presenciar la subasta de la casa familiar.

Osvaldo ve a Mary abrazando efusivamente a los suyos, y como va vestida de esclava mora, dice, para confirmar su falso relato.

—¿Ven ustedes cómo se confirma lo que yo les dije? Su propia indumentaria la retrata tal cual es ella.

Creighton, que ha oído el agravio que el presuntuoso ha inferido a Mary, se encara con él.

—Usted es un solemne majadero! ¿Con qué derecho ofende a la mujer que va a ser mi esposa?

Osvaldo replica y Creighton le propina una docena de señoritas bofetadas.

El cartero, que no sosiega desde que sabe que la casa de sus amigos se la va a llevar el tacaño Matías, descubre las huellas del petróleo, y le falta tiempo para ir a decirle:

—Ahora me explico su interés por este terreno. ¡Cómo que contiene un gran yacimiento de petróleo!

—Ah! ¿De modo que tienen yacimientos petrolíferos? ¡Ya lo habéis oído!... ¿Cuánto ofrecéis por esta finca?—grita el subastador.

—Mil quinientos dólares—ofrece el avaro, encendido de cólera contra el cartero.

—Diez mil!—dice Creighton.

—Diez mil veinticinco!—clama el tacaño.

—Veinte mil!

—Veinte mil dólares y medio!

Aquí se suspende la subasta, pues un policía detiene al desconocido que ha revelado al desalmado Matías la existencia del rico líquido.

—Este hombre es un peligroso timador a quien persigue la justicia. Su especialidad es el timo del petróleo.

El subastador, antes de que el señor Matías se reponga de la sorpresa, dice:

—¡A las tres! El señor Matías S. Tate queda dueño de la casa y de las tierras, por veinte mil dólares y medio!

—¡Protesto, protesto!—grita el avaro.

—¡Extienda usted el cheque ahora mismo, o lo meto en la cárcel!

Espumeándole la boca de rabia, el señor Matías entrega el cheque en cuestión por una finca que no vale ni la quinta parte de lo que él paga.

El cartero se parte de risa.

El resto de la compañía llega a Barston. El director se dirige a Mary, que lo presenta a su familia, a quien él manifiesta para contento de todos:

—A Mary se le ofrece un brillante porvenir. Antes de un año ha de ser ella la primera “estrella” de la Compañía.

Y dejando atrás el ayer ingrato y cruel, regresa a Hollywood la enamorada pareja, y su familia, en busca de un mañana risueño y feliz que premie sus pasados sacrificios.

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO  
EXTRAORDINARIO  
LA GRANDIOSA NOVELA

# La Hliada

(de Homero)

Monumental pelícu-  
la interpretada por

**EDY DARCLEA**

—

**VLADIMIR-GAIDAROW**

EXCLUSIVAS

**E. GONZÁLEZ**  
MADRID

Postal regalo: **MONTE BLUE**

64 Páginas

20 Fotografías

PRECIO ESPECIAL:

50 CTS.

LA NOVELA FILM sale todos los  
martes en toda España

Colecciones completas y números  
sueltos atrasados a precios cor-  
rientes, de venta, en LA SOCIEDAD  
GENERAL ESPAÑOLA de LIBRE-  
RIA, S. A. Barbará, 16 - BARCE-  
LONA, en sus Agencias de Pro-  
vincias y en todos los Kioscos de  
España

ÚLTIMO GRAN ÉXITO DE LA  
BIBLIOTECA FEMENINA  
DE LA  
NOVELA FILM

## Los Diez Mandamientos

Lo más grandioso que se ha filmado.

Asunto altamente senti-  
mental de positivo triunfo

Resonante éxito en el Suntuoso  
COLISEUM, de Barcelona

112 PÁGINAS 30-FOTOGRAFÍAS  
PORTENTOSA TRICROMÍA  
PRESENTACIÓN A TODO LUJO

PRECIO: 1 PESETA

Pida esta novela en todos los kioscos  
y librerías de España y América. Si  
no la encuentra, espere nuestra  
reimpresión

Recuerde los anteriores volúmenes de  
esta Biblioteca

LA MENDIGA DE SAN SULPICIO

LA MADONA DE LAS ROSAS

## SUPЛИCADO

La Dirección de esta  
novela recomienda a sus  
distinguidos lectores que  
compren, en cuanto  
salga, el **número-almanaque** de **La Novela Se-  
manal Cinematográ-  
fica**, nuestra compañera,  
que aparecerá dentro de  
breves días.

Auguramos un rotun-  
do éxito a dicho **número  
de fin de año**, con el que  
se regalará un **vistoso  
álbum**.

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Regalo
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Bering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bobé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De florista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Crimen del Millefleurs Palais	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	¡Valiente Luna de miel!	Lois Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Perla Blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del Abismo	Georges Biscot
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El Caballo de Carreras	Douglas Fairbanks
32	Su Señor y Dueño	Constance Talmadge
33	La Madrecita	Rodolfo Valentino
34	La Pimpinela Escarlata	Shirley Mason
35	Gorrón de ciudad	J. Warren Kerrigan
36	La Novela de una Estrella de Cine	Pauline Frederick

